

EL VALLE

Yo no sé si las mañanas de julio, agosto, cuando la cúspide de Santa Marina giraba carmín o violeta, y luego, a mediodía, irradiaba en un cielo zarco, mientras abajo la aldea entornaba sus párpados de piedra gris y pinos sonámbulos.

O si las tardes de noviembre, febrero, en que la lluvia liviana velaba los prados, la nave ocre de la parroquia, los frutales desnudos del huerto...

Pero lo que yo más quería era caminar por la carretera de Ibarra, hasta alcanzar las cortaduras grisáceas del Gorbea. El aldeano alzaba pausadamente la azada, donde un instante brillaba el sol. Una muchacha con un pañuelo violeta a la cabeza levanta un brazo a la rama encendida de un cerezo. Voy pasando junto a una fuente que se adivina fría en su fluir presuroso...

Al regreso, la brisa del atardecer menea las hojas de los robles, agita las ramas del cerezo; el cielo, poco a poco, se apaga.

Lénguido valle de mi adolescencia, donde la luna derrama una luz compasiva sobre la muerte soñada de mis antepasados.

